



El joven que no cobija en él
anhelos de superación y destellos
de rebeldía, no es joven. Es
a lo sumo, un producto de la de-
gradante Sociedad que hace de
los cerebros y de los músculos
esclavos.

EDITORIAL

La ayuda a Franco
Y OTRAS COSAS...

En el artículo editorial del número pasado de RUTA comentábamos, bajo el título «Franquistas de última hora», las visitas oficiales y oficiosas que Franco recibe en estos momentos, en que la situación económica de España presagia una reacción violenta en el pueblo español contra el calamitoso régimen que lo oprime.

Es indudable que las visitas que recibe el «caudillo», tienen por objeto estudiar las posibilidades de concederle los empréstitos que con tanta insistencia y ahineco reclama el verdugo hispano.

La situación del franquismo es cada día más desesperada a causa del agobio económico que pesa sobre él, ya que las inmensas salidas que el libro de caja del Estado español acusa, no son — ni por asomo — compensadas por unas entradas arcaicas limitadas por la propia miseria de nuestro pueblo.

El capitalismo americano, único capaz de erudir poder dar solución de continuidad al fascismo español, véase en el trance de permitir se produzca la asfixia económica del régimen de Franco o, a despecho de su ficción «laureola» antitotalitaria — con la que justifica su anti-bolcheviquismo ante los ojos del pueblo americano — aportar al totalitarismo franquista una ayuda que le permita enderezar un poco su desmoronada economía.

La elección para el capitalismo es más difícil de lo que parece; pero no son las razones de índole moral las que pueden inclinar la balanza de las determinaciones del mastodonte del dólar, sino que son las propias posibilidades de afianzamiento del régimen franquista las que en esta ocasión cuentan.

Franco ha puesto en juego todas sus posibilidades para

obtener el apoyo financiero que necesita para mantener, o por lo menos prolongar, la vida del franquismo. De sus esfuerzos da fe la encuesta efectuada entre veinticinco diplomáticos norteamericanos sobre la normalización de las relaciones con la España franquista, encuesta que ha dado veintidós respuestas afirmativas...

Si el capitalismo americano cree que las aportaciones económicas que haga al franquismo van a mejorar de inmediato la situación del régimen; si cree que Franco, con tales aportaciones, podrá mantenerse en el poder, no cabe duda de que los empréstitos serán concedidos. Pero si por el contrario, se percata de que sus aportaciones caerán en saco sin fondo, preferirán guardar su oro para operaciones más fructuosas.

El sabotaje de Laforunada, realizado por la resistencia revolucionaria de la península, es por sí solo una prueba de que en España hay quien ha valorado el problema y ha llegado a la conclusión de que bien podrían emplear en la central mencionada unos cuantos millones en reparaciones, los amigos de Franco. Por eso la han saboteado. Y tenemos la convicción de que seguirán otros muchos sabotajes para que el franquismo pueda emplear el oro americano en construir lo que la resistencia destruya hasta que se acabe la ayuda exterior, el verdugo y los amigos del verdugo.

Franco tiene un saqueo abierto. La Resistencia sabrá cortar el fondo. Y los americanos tendrán que pensar que hay empleos mejores para sus divisas, en causas más nobles y menos «complicadas» que las de un traidorzuelo ensangrentado de sangre inocente.

ASPECTOS

Concepto de lo imponderable

Por José Peirats

Stefan Zweig, en sus «Momentos estelares de la humanidad» nos habla del declive de la estrella de Napoleón a causa de un factor imponderable. Aplastados los prusianos y obligados a una desastrosa retirada, Napoleón Bonaparte, el genio estratégico-militar de la época, ordenó perseguir al enemigo a uno de sus generales, mientras se las prometía felices para con las tropas de Wellington, tesorero beligerante éste en el campo de Waterloo. Por causas que no han sabido explicar los historiadores, por un factor imponderable influyente en el alma del general subalterno, la persecución fué abandonada. Hechos los prusianos, otro factor imponderable dictóles la necesidad de volver sobre el campo de batalla en el momento álgido de la pelea entre franceses y aliados. La inesperada caída del ejército prusiano sobre el ala derecha de Napoleón, convirtió un triunfo seguro en una derrota sin esperanzas.

«La revolución francesa — afirma Wells —, como la revolución inglesa y la independencia americana, tuvieron como causas primeras las pueriles ambiciones de un monarca. Los propósitos de expansión, los fines y designios de la Gran Monarquía, con sus derroches militares, impusieron a Europa un esfuerzo fiscal desmesurado para la época. Los países podían escasamente sostener el tren de vida de su rey. En Francia, en los EE. UU. y en Inglaterra, las primeras resistencias no fueron provocadas por la política extranjera del monarca, considerado como raíz del mal, sino por los impuestos y el malestar que esta política ocasionaba a los individuos. El clero y la nobleza estaban exentos del impuesto, el cual gravitaba únicamente sobre el pueblo. Este privilegio convertía a las clases altas en sostenedoras de la corona. La explosión se produjo en forma retardada, pero con una violencia increíble.»

«Sin embargo — continúa Wells — ningún síntoma inminente, se ha-

bia señalado. Había mucha miseria entre las clases; los espíritus críticos y los satiristas no encontraban trabajo; los pensadores liberales osaban levantar su voz, pero nada hacía suponer que, en su conjunto, el viejo caserón, con sus costumbres y sus discordias domésticas pudiera venirse abajo. La monarquía consumía mucho más de lo que podía producir, pero hasta aquel momento sólo afectaba a las clases cuya opinión no podía expresarse. Gibbon, el historiador, conocía muy bien la Francia. París le era tan familiar como Londres; sin embargo, no indicó nada que hiciera referencia a un próximo trastorno político-social.»

«Hasta 1788 — termina Wells —, los discursos y los escritos de los pensadores franceses no tuvieron más influencia sobre la vida política que el socialismo estético de William Morris en la Inglaterra de fin del siglo XIX. La máquina política y social parecía dispuesta a funcionar indefinidamente; el rey cazaba y reparaba sus relojes, la corte y la sociedad se hallaban en pleno placer; los financistas soñaban con nuevos procedimientos para levantar el crédito del país; el comercio, aplastado por los impuestos, continuaba fiel a su rutina; el campesino, esclavo y hambriento, alimentaba contra el castillo un odio sin esperanza. Las gentes discutían convencidos de que pasaban el tiempo. Se podía decir todo, puesto que nada llegaría.»

Volvine, en su tantas veces mentada «La revolución inconsciente» aborda de mano maestra el pro-

blema de los imponderables. Orogámosle afirmar: «En la guerra de 1914, Alemania, objetivamente, tenía que aplastar a Francia. Y, en efecto, al cabo de un mes apenas del principio de las hostilidades, el ejército alemán colocóse bajo los muros de París. Una después de otra, las batallas fueron perdidas por los franceses. Francia iba a ser vencida casi inevitablemente. (Si lo hubiese sido, hubiera sido muy fácil decir más tarde, con aire científico, que fué histórica y objetivamente indispensable). Pero se produjeron entonces una serie de hechos puramente subjetivos, los cuales se encadenan y destruyen los efectos de los factores objetivos.»

«Demasiado confiado en la superioridad aplastante de sus fuerzas y llevado por el entusiasmo de sus tropas victoriosas, el general Ivon Kluck, que mandaba el ejército alemán, descuidó de cubrir su ala derecha: primer hecho de carácter subjetivo. (Otro general, o el mismo von Kluck en otro momento, habría podido ser más precavido). El general Gallieni, comandante militar de París, se apercibió de la falta de von Kluck y propuso al generalísimo Joffre atacar aquella ala con todas las fuerzas disponibles; segundo hecho subjetivo, pues fué necesaria toda la perspicacia y espíritu de Gallieni para tomar una tal resolución e incurrir en parella responsabilidad. (Otro general, o el mismo Gallieni en otro momento, pudo no ser tan perspicaz ni determinado).»

«El generalísimo Joffre aceptó el plan de Gallieni y ordenó el ataque; tercer hecho subjetivo, pues fué necesaria toda la tolerancia y otras cualidades morales de Joffre para aceptar tal proposición. (Otro generalísimo, más altivo y más celoso de sus prerrogativas, habría podido contestar a Gallieni: usted es comandante de París; osepse de sus deberes sin mezclarse en asuntos que no son de su competencia.)»

«Por otra parte, el hecho extraño de que las conversaciones entre Gallieni y Joffre escapasen al control del alto mando alemán, generalmente bien informado de lo que pasaba en el campo francés, es también un hecho a aduntrar a este encadenamiento de factores subjetivos, encadenamiento que condujo a la victoria francesa y fué decisivo para el resultado de la guerra. Dándose ellos mismos cuenta de esta victoria, inverosimilmente objetiva, los franceses la bautizaron con el nombre de «milagro del Marne». Volveremos al tema.

El paraíso rojo...
de sangre

Rajk ha sido ahorcado. Esa simple frase podría ser el epílogo de un siniestro proceso que en pleno siglo XX ha actualizado los procedimientos de la Santa Inquisición y la inventiva de Torquemada.

Un comunicado del ministerio de Negocios Extranjeros de Hungría, frío como la propia muerte, ha lanzado al mundo la noticia del asesinato de Rajk, sembrando escalofríos de horror entre los hombres y gran satisfacción entre las hienas de Moscú.

Rajk, el stalinista inconformista, ha seguido el camino de todos los partidarios de la dictadura del «proletariado» que, indisputados con el dictador, no lograron ponerse a salvo de sus hordas represivas.

El mismo día en que en Budapest cogaban a Rajk, en Varsovia eran condenados por un tribunal militar — y a muerte, naturalmente! — Zygmunt Zbyszynski y Boleslaw Zoukowsky, acusados de «sabotadores económicos» y, como ya es norma, de espionaje.

Y a la hora en que escribimos este comentario, se prepara en Sofía el proceso contra Kostov, antiguo vicepresidente del gobierno búlgaro, contra el que pesa la petición fiscal de PENA DE MUERTE.

El paraíso bolchevique jamás ha sido tan rojo. Y es que jamás pudieron soñar los admiradores de la Rusia stalinista que las «estepas» de sus realizaciones fueran tan heladas.

Sobre el «mundillo» rojo pesa amenazadora una cuerda. La misma en que se ha balanceado Rajk. La misma que otros se balancearán.

¿Por qué no añadir a la hoz y el martillo una horca? El emblema sería mucho más completo, y su significado más veraz.

GAUROCHE.

EL CASTILLO
EN LLAMAS Por MINGO

Arde en llamas el castillo del tirano. Con ansia devoradora se lo comían. Todo era fuego. ¡Qué espectáculo tan justiciero! ¡Qué resplandor más brillante! A muchos kilómetros de distancia se le veía. Iluminaba montes y colinas; siegas y vegas... ¡Qué impresión causaba viendo tan magna acción!

Por aquellos contornos corrió la noticia a toda velocidad. Rápida, muy rápida llegó hasta los últimos rincones. Se extendió de manera eléctrica: como la chispa, como el rayo, como la luz... Y el castillo seguía ardiendo, y su destrucción era acogida con aclamaciones jubilosas. Con alegría sin fin. En todos los rostros se dibujaba la satisfacción del hecho. Los comentarios se registraban tumultuosamente. Algo se había hecho. Algo que todo el mundo esperaba, pero nadie se decidía a ponerlo en práctica.

No fué el hombre experimentado quien lo realizó. Fué un joven salido del anonimato. Un hombre que le bullía en su sangre el deseo de acabar con tanta molicie, con tanta iniquidad, con tanta injusticia. Fué el verbo hecho carne. La acción justiciera quien lo ejecutó. Fué el espíritu rebelde quien lo llevó a cabo, exponiéndose a todo. Fué la razón que lo iluminó, que le incitó a que lo hiciera.

Se había cumplido con el mandato de la conciencia. El joven humanista no vió el peligro, ni menos el revolucionario. La rebeldía

superó todos los inconvenientes. A nadie dijo nada y todo lo dijo el fuego inmaculado de la verdad...

Y allá, no lejos del incendio purificador, provocado por una mano generosa, se hallaba el autor, contemplando serenamente tan magnífica iluminación. Allí estaba el brazo ejecutor y el cerebro. Allí estaba la nueva generación que nacía de otras pútridas, corruptas; en decadencia. A tal terreno llevadas por el dictador del pueblo.

Era la juventud que renacía de las entrañas de la tierra. Era la misma tierra que se removía, que se rebelaba contra la omnipotencia del caudillo, que le abatía. Bastó sólo una mano que prendiera la mecha, para que el contento reapareciera como ráfaga imperecedera de luz y de templanza; de valor y de heroísmo; de salud y de justicia.

¡Qué día de entusiasmo! ¡Cuánta felicidad en solo un instante! Se desmoronó el castillo; se convirtió en cenizas, y el viento las aventó como heraldos de una nueva vida. Con el castillo desapareció el régimen de esclavitud; pero dónde estaban las capacidades técnicas, para erigir sobre aquellos escombros, que aún rezumaban sangre, el edificio de la nueva sociedad? ¿Dónde estaban los hombres de conocimientos científicos y humanos, para emprender tan monumental empresa? ¿Existían? Sí, pero se ocultaban a la vista del pueblo. No querían, no

estaban dispuestos a servirle, no aceptaban servir a la humanidad. Eran reacios a la evolución, a pesar de ser ellos los mayores impulsores. No se avenían a las necesidades de los otros y sólo a las suyas. ¡Ellos, no podían ser catalogados como el resto del pueblo! Eran más que pueblo, y por lo tanto, distinta había de ser la consideración.

Científicos ellos, no pertenecían al vulgo, aunque éste les correspondía también, para realizar la obra del desterramiento de la ignorancia...

Poco a poco, el tiempo comenzó a actuar. Poco a poco, los hombres jóvenes desplazaban su actividad con el ejemplo, haciendo acto de presencia en donde eran reclamados. En todas partes la conducta sana de estos adalides de la libertad, creaba prosélitos que venían a engrosar las filas de la evolución. La voluntad se exteriorizaba grandemente, formando el dique de contención, ante probables o posibles acontecimientos. Los hombres dotados de clarividencia cerebral adquisitiva, empezaron su verdadero trabajo. Ya no eran los de antes, sino los de ahora, y ponían al servicio de la libertad, la cultura en todos sus grados. ¡Se triunfaban!

Los laboratorios. Las fábricas y talleres; campos y minas. Todas las funes de la producción eran administradas y dirigidas por el pueblo y para el pueblo. ¡La juventud había triunfado!

A VUELA PLUMA

Por Alberto Carsi

He leído en RUTA un artículo firmado por «Mingo», titulado «Camina, camina siempre» y conhedio que he pasado uno de los más deliciosos momentos de mi vida.

Pocas veces se encuentra en la obra ajena, con una medida macomposición y cadencia al ritmo, porque en música, todo tiempo tiene su valor, pero en la vida, el tiempo en que no se «camina» es tiempo perdido, y el tiempo, es lo único que no se puede recuperar.

La eficacia no consiste solamentáticamente exacta, la horma de nuestro zapato, la dimensión justa de nuestro anillo; pero esta vez, he visto expuesta mi intención expresada en tal forma como la hubiese trazado mi pluma, como función rigurosa de mi pensamiento, si mis cualidades fuesen capaces de semejarle proeza.

«Camina, camina siempre», es una doctrina moral elevadísima y completa, desarrollada en catorce párrafos y 562 palabras bien aprovechadas, lapidarias. Un corto artículo periodístico que vale todo un tratado de Filosofía y de Moral; toda una Biblia.

«Mingo» ha dado plenamente en el blanco sin desviarse ni un ápice en ningún sentido. «Camina siempre», tanto en el sentido figurado como en el sentido real, es la mejor fórmula de mejoramiento, de progreso, de perfección y de utilidad personal y colectiva. En música, esos compases o medios compases de espera, esas pausas hábiles, dan belleza a la te en la acción, sino en la perseverancia. Un clavo no ocupa su lugar con un solo martillazo; un tablón no es cortado por la sierra con una pasada, sino con una serie indefinida de pasadas, que se llaman insistencia. Una escritura correcta y un dibujar perfecto, no es cosa de conseguirlo a la primera plumada, sino a fuerza de ejercicio mental y de muñeca, hasta que todos los músculos de la inteligencia y de la fuerza se pongan de acuerdo, se sincronicen.

Recordemos una vez más la locución latina «Gutta cávat lápidem non bis sed sepe cadendo». (La gota horada la piedra, no a las dos veces sino cayendo sin cesar). Tampoco la tierra da frutos con sólo golpearla una sola vez con la azada, sino que produce cuando la azada imita a la gota de agua y golpea sin cesar.

La frase atribuida a César «Veni, vidi, vici» (Llegué, vi, y vencí), ha causado a la Humanidad mayores males que todas las tormentas reunidas, porque para llegar, ver, y vencer, es necesario añadir traición en la querrela.

Si los astros tuviesen impaciencia en sus carreras, en el circuito

de sus órbitas y las revoluciones sobre sí mismos, esa armonía universal, toda seguridad, regularidad y sosiego, sería un caos inconnexo y burbujeante; pero aún sería peor, si los cuerpos celestes andasen remisos y fuesen atacados por el microbio de la inconstancia y andasen a golpes rudos como picados por víboras.

Contar los pasos, medir la longitud del salto, girarse hacia atrás para ponderar cualquier camino recorrido, es desfallecimiento y flojedad. El ser humano que no anda en línea recta sin perder de vista ni un momento la estrella ideal que le guía, ve su obra torcida e inútil, como el que, un día de nevada se abría paso desde la puerta de su casa con una pala, y a fuerza de vacilaciones y de retrasos, hizo la trinchera en círculo y se halló nuevamente frente a su misma puerta, sin haber conseguido nada útil.

También el gran escritor Rodó, en su bello ejemplo de «Los tres cuervos en el descubrimiento de Islandia» nos explica bien elocuentemente los efectos del mal de la vacilación. En alta mar, desde el barco de vela en que navegaban, y en un momento de duda, sueltan tres cuervos los exploradores para que les guiaran. Uno sigue sin vacilación la ruta emprendida. Otro vuelve hacia el punto de salida. El tercero se para en las vergas del navío y esconde su cabeza debajo del ala. Discuten los hombres sobre el hecho de los tres destinos, y el buen sentido, humanizado en un grumete, dice: «Sigamos el camino del audaz; ni retrocedamos ni nos paremos, ¡adelante! Y de esta manera llegaron triunfantes a su glorioso destino.»

Otro ejemplo nos ofrece la Historia. Unos castellanos son atacados por sus adversarios y aquellos se defienden con sus armas blancas. En medio de la contienda, el joven dice a su padre, gritando: «¡Padre! son tan hábiles que mi espada no llega a tocarles!» Y su padre le aconseja: «¡Anádele un paso a tu espada!»

Desconocido «Mingo», gracias; tú has puesto en mi mano la pluma y la inspiración en mi cerebro con la belleza de tu poema para que en siete minutos haya podido escribir estas siete cuartillas; naturalmente, sumando los que he empleado en leer siete veces tu trabajo y contar las necesarias para no ser inexacto, los párrafos y las palabras del mismo.

Caminemos, caminemos siempre, si queremos llegar al oasis del bien, que está rodeado de mil leguas del desierto frío y pedregoso de la indiferencia.

EL PENSAMIENTO PEDAGOGICO DE

FRANCISCO FERRER

Por Severino Campos

Sentado el precedente de haber publicado en «Cultura Proletaria» un trabajo, en ocasión del cuarenta aniversario del fusilamiento de Ferrer y Guardia, quizá habría sido mejor completar en la misma publicación lo que del pedagogo pretendemos decir. Sin embargo, como su personalidad cultural puede fraccionarse en capítulos especiales, no hemos visto ningún inconveniente trasladar a RUTA lo relacionado a la cultura y al pensamiento revolucionario de aquella figura abnegada y mártir.

Lo comprendemos así por estimar que, sin olvidar, ni desentenderse, de la faceta agitada que atravesamos, el factor cultural debe presentar, entre los hombres libertarios, motivos que capten la atención de todos y nos induzcan a superarnos. Constando esto co-

mo una necesidad permanente, la que reclama, por lo menos de nosotros, horizontes más vastos cuanto más complicada es la vida que impone el mundo actual, necesario es plantear en el tablero de nuestras preocupaciones la iniciativa y la labor educativa de Ferrer.

Todo y constatando no vivimos huérfanos de esenciales elementos culturales, por lo menos de lo que puede llenarse como expediente que cubren otras corrientes ideológicas, observamos algunas lagunas que no deberían existir. Llenarlas no es imposible, ni requiere grandes sacrificios. Como bien interpretaba el impulsor de la Escuela Moderna, es cuestión de voluntad, de perseverancia, de una acertada selección de fuentes culturales, y de estructurar el tiempo que en ellas podamos be-

ber. «La enseñanza racionalista puede y debe discutirlo todo, doloando antes a los discípulos en la amplia y expedita vía de la investigación personal, del libre examen, para estudiar no sólo el origen de la tierra y de los hombres, sino también el de todos los males que afligen a la Humanidad, como la guerra y los diversos tiranos gubernamentales, capitalistas y patronales.»

He aquí, en pocas palabras, la amplia definición de una humana misión cultural. Lejos de ser un plan instructivo para levantar especialistas o tecnólogos, estamos en presencia de aplicaciones con indiscutibles promontorios humanistas, no puestos en práctica antes de ser una realidad la Escuela Moderna. El «dis- (Pasa a la segunda).



Reflexiones sobre las relaciones de la Moral y de la ENSEÑANZA

Dr. MARC PIERROT

(Continuación)

II

En los ambientes burgueses, el adolescente no puede sino raramente abandonar la escuela. Si, confundido (se le repite todos los días) que se rebajaría. Pero se vuelve un carácter difícil, susceptible, irritable, orgulloso o taciturno. Los padres se quejan y refuerzan su autoridad. Los maestros predicen el peor porvenir.

Aquí aún es preciso hacer una distinción. Los hijos de la pequeña burguesía se dan cuenta de que si no triunfan, no saldrán del nido familiar, quedarán en una situación mediocre. Refrenan, pisotean sus necesidades de independencia. Se entregan a una labor asidua. Forman el ejército de los tontos en concurso (2). La explicación de Isidoro (ver más arriba) no vale más que para la pequeña burguesía. Los hijos de la clase rica no son determinados en sus reacciones antiscolares por el utilitarismo, al menos ordinariamente.

Los hijos de las familias ricas son caprichosos, pero pueden perder uno o dos años; eso no tiene importancia. Se reponen más tarde y les ocurre que alcanzan a sus camaradas. He conocido el ejemplo de familias acomodadas que por tanteos habían hallado la mejor solución: hacer viajar al adolescente; lo instalaban en una escuela anglosajona, donde los deportes están en primera línea, y de donde el joven vuelve más tarde con el conocimiento de la lengua extranjera.

Nuestra enseñanza oficial no conviene a todos los niños. Alumnos de inteligencia mediocre, pero obedientes y provistos de una buena memoria, siguen más o menos fácilmente y a veces con buenas notas. Otros, de una inteligencia más fina, menos aplicados, más turbulentos, más independientes, inclinados a gustos artísticos, se dejan desanimar por la enseñanza rebarbativa (y hecha tal por algunos maestros) de las matemáticas o de las lenguas vivas. Se apresura uno a condenarlos como no sirviendo para nada y, en efecto, pueden malograr su vida si no se acude en su socorro, si nadie de la familia es bastante inteligente para volverles a dar confianza, mientras que en realidad pueden hacer hombres de valor con extraordinaria orientación intelectual.

Muy a menudo la familia se encarna en la misma vía. Se hacen dar lecciones particulares al retardatario, y eso marcha mejor o peor hasta cierto grado. Otras veces, el caso es más grave: se transporta al alumno de liceo en liceo, de establecimiento en establecimiento, sin ningún éxito por otra parte. Sin embargo, yo he encontrado más tarde discípulos de quienes se había desesperado desde el punto de vista moral e intelectual y que habían vuelto a hallar el equilibrio. Está claro que no me refiero aquí más que a casos de atrasados y anormales. Diré algunas palabras más lejos.

Desconfío terriblemente de una organización escolar en que los maestros decidieran del porvenir del niño. Las aulas autoritarias y limitadas podrían malograr así vidas preciosas. Ahora bien, todas las vidas son preciosas; no se trata más que de utilizarlas.

La enseñanza no nada para una élite. No se da, tampoco para seleccionar una élite. Se proporciona para dar a todos una cultura intelectual general. Ejemplo de los niños de la burguesía muestra que esa cultura es accesible, con alguna paciencia, a casi todos los niños. Entendámonos bien. No se trata de charlar a los niños exclusivamente de latín. Se trata de hacerles accesibles las ideas generales y de desarrollar su espíritu crítico, de enseñarles por una parte a analizar, por otra a establecer una síntesis, etc. Para llegar a ese resultado, es preciso emplear las humanidades o bien servir de los métodos científicos de observación y de experimentación? Sin tratar de resolver este problema, pienso que los métodos pueden ser múltiples y combinarse.

¿Qué pasa actualmente? Se limita uno a enseñar la lectura,

la escritura y los primeros elementos del cálculo a los niños de la clase pobre. Muchos más quedan por completo analfabetos. He encontrado entre estos últimos en la escuela de mutilados, que eran inteligentes por muy encima del término medio. Formarán el gran ejército de los obreros manuales.

Se da una enseñanza técnica o profesión sin cultura general a los niños de condición mediocre. La cultura general está reservada a los hijos de la clase burguesa. Esos niños forman la élite. Se ve que la inteligencia no entra para nada en la clasificación, aunque pueda volver a tener sus ventajas en el interior de cada categoría.

El rol de la sociedad debería consistir en utilizar lo mejor posible todas las inteligencias. Poniendo a un lado los retardados, los atrasados, los anormales, de que hay que ocuparse, de los que se puede hacer algo, gentes útiles, según el caso, a ellos mismos y a la sociedad, debería darse una instrucción integral a todos los niños y, en la medida de lo posible, una enseñanza «a medida», según las aptitudes.

Yo me levanto contra el proyecto de detener a los niños ante la enseñanza general a que tienen derecho por exámenes de paso «Exámenes y composiciones» —escribe Paul Reclus— han sido inventados por profesores incapaces de formarse una opinión sobre sus alumnos. Entonces, adelante la máquina de clasificar. Quedan en el pavimento los que salen de la norma—también los imbeciles lo admito. Pero el examen no es de ningún modo el medio de juzgar de la inteligencia. En cuanto al conocimiento más o menos completo de las materias de enseñanza, es imposible a causa del recargo de los programas.

(Continuará).

Sinfonía de la corbata masculina

Por Alejandro SUX

Mil quinientas personas (mujeres y hombres) se reunieron en un salón inmenso del Waldorf-Astoria, para bailar, beber, masticar y reír, en honor de una prenda de vestir eminentemente masculina: la corbata.

La «Men's Tie Foundation», o sea la Fundación de la Corbata de Hombre, es algo así como el club de todos los que tienen que ver con la corbata; desde el fabricante hasta el maniático coleccionista. Las cifras que proporcionan esta extraña asociación explican el éxito del baile a que me refiero, y la cantidad de sus asistentes. La industria y el comercio de la corbata, en Estados Unidos, manipula anualmente ciento noventa y un millones de dólares. Esas cifras justifican que la ya mencionada sociedad haya decretado que todos los años habrá la semana de la corbata nacional, como hay el Día de la Marina, el de las Madres...

Basta reflexionar un segundo para darse cuenta de que la corbata masculina tiene importancia patriótica; actualmente, la corbata norteamericana es algo como el pabellón de las barras y las estrellas; en cualquier rincón del mundo donde descubráis a un hombre con una corbata jamás imaginada, podéis asegurar que el que la lleva es un norteamericano; la corbata es una escarapela. Además, basta otro segundo de reflexión, para comprender su trascendencia industrial y comercial: de la corbata viven dibujantes, pintores, modelos, obreros hiladores y tejedores, distribuidores, comisionistas, vendedores ambulantes, comerciantes... y por ella se desviven todos los ciudadanos de este país!

La corbata tiene su historia. Primeramente, la palabra que da nombre a ese adorno masculino, es de origen militar y remonta al año 1660. Uno de los regimientos austriacos que derrotaron a los turcos, estaba formado por nativos de Croacia. Los «croatas» (así se llaman los habitantes de Croacia) que visitaron a París, cuando lo visitaron después de la victoria, y de «croates» los franceses hicieron «cravatte» y los italianos «cravatta»; batidas las dos palabras en la «coctelería» del tiempo, los españoles hicieron la «corbata».

En 1865, la corbata era prenda estimadísima. Jacobo II de Inglaterra, el que se convirtió al catolicismo y se alió a Luis XIV de Francia, por lo cual fué odiado y destronado más tarde, llegó a pagar el equivalente de unos \$ 600

por tres corbatas, lo que en aquella época representaba una fortuna. Naturalmente, los norteamericanos llegaron a pagar, según Sam Boal, hasta \$ 2.500 por una exhibida en los escaparates de Miami, en 1944. Actualmente, en Nueva York, es posible pagar hasta \$ 400 por una.

¿Cuántas corbatas creen ustedes que se vendieron el año pasado en Estados Unidos? ¡Ciento sesenta millones!... o sea un 300 por 100 más que en 1937. Esta multiplicación se debe a la aparición de la «corbata revolucionaria», una corbata que es, a la clásica, lo que el comunismo auténtico (no el ruso de Stalin) al patriarcal, sucio y despótico zarismo de todos los Romanoff... La corbata re-

volucionaria es intrépida, agresiva y escandalosa; peca de demasiado de modestia. Es una llamada, una explosión, un alarido de color y de formas... ¡ríanse ustedes de los atrevimientos pictóricos y escultóricos de los «ismos» artísticos más contemporáneos! Todo ello es pronóto y rampión, comparado con las corbatas norteamericanas.

Se asegura que el origen de estas corbatas revolucionarias, fué «Contemporá», una asociación de pintores con apetito en el estómago y abundante materia gris en el cerebro, que tenía su sede muy cerca de mi casa. Estos caballeros de la paleta y el pincel, lanzaron la moda de los artículos «antiartísticos»... y entre ellos

las famosas corbatas con paisajes, globos, patinadores, flores, caballos, retratos, administrativos deportivos, desnudos femeninos, etcétera, etc. Como fatalmente debía ocurrir, esas creaciones de horripilante mal gusto, obtuvieron un éxito colosal, tan extraordinario, que hoy hasta el presidente Truman las usa, después de haberlas usado todos los representantes de Estados Unidos en el extranjero durante las conferencias internacionales. Los artistas «firman» sus corbatas, y cobran de 20 a 300 dólares por el modelo que luego reproducen las fábricas, por cientos de miles.

Los coleccionistas de corbatas, que abundan en todo el mundo, están perdiendo la chaveta y for-

tas enteras. Junto a éstos, los que viven pegando estampillas de correo en álbums voluminosos, son unos pobres diablos.

Las mujeres, envidiosas, usan corbatas «revolucionarias» en el cuello, en la cintura, en el cuello, y algunas hasta en las pañuellos. La era de la corbata revolucionaria, ha empezado; corre parejas con lo que se llama ahora la era atómica; se sabe que los rusos ya fabrican bombas de esas; todavía se ignora si los felices-esclavos del paraíso bolchevique, han adoptado las corbatas de Contemporá...

SONRISAS DE LOBO

El Sr. Truman, uno de los dos apóstoles actuales de la guerra, visitó hace unas semanas White House. En tal lugar, antigua residencia del presidente Roosevelt, esperaba a Harry Truman, un ejército de arquitectos. El objeto del viaje presidencial era visitar el refugio del antiguo presidente y percatarse de si reunía las condiciones necesarias para poner fuera de peligro al nuevo «primer hombre» de los Estados Unidos en caso de guerra.

Truman inspeccionó los lugares

y constató las comodidades que aseguraba el refugio de su antecesor: cocina, aire acondicionado, radio, teléfono, etc.

Pero el refugio de Roosevelt, aunque en cemento armado, sólo ofrecía como techo una mole de nueve pies de espesor y los arquitectos no lograban ponerse de acuerdo en lo que se refiere a si la mencionada espesor era suficiente para contener a la muerte que lleva en sus entrañas la bomba atómica.

El presidente Truman zanjó la

cuestión ordenando olímpicamente que construyesen, bajo aquél, un nuevo refugio a noventa metros de profundidad. El futuro refugio contendrá tres habitaciones espaciaosas: una para Margaret y Bessie, otra para Harry Truman y sus secretarios, la tercera para el teléfono, la radio y ¡el piano! El presidente ha declarado con la sonrisa en los labios—sonrisa que comprendemos—: «¡Boys, si hace falta morir, yo quiero morir tocando el piano!»

La determinación del presidente de los Estados Unidos se nos antoja muy acertada, con la sola condición de que idéntica muerte—si de morir se trata—nos sea reservada a todos los humanos. Pero no, eso no es así. El presidente podrá oír el eco de las batallas por radio, sentado en un sillón o sobre las teclas del piano, pero el resto de los mortales tendrán que esperar la muerte bajo los débiles techos de sus casas o en el fondo de las trincheras.

Las escuelas no tendrán esos refugios para los niños, porque los niños sólo son niños y no presidentes. Lo mismo ocurrirá con los hospitales, los sanatorios, los asilos... Y la Humanidad podrá percatarse del valor de la sonrisa de Truman al afirmar que quiere morir sentado ante un piano.

En la pasada contienda y en todas las contiendas habidas y por haber, los soldados han muer-

to y morirán de mil maneras: unos destrozados por las bombas o los obuses, otros por las fiebres tropicales, otros por las ráfagas de las ametralladoras, pero ninguno tocando el piano.

Los señores de horca y cuchillo se han convertido en el siglo XX en siberitas. Son capaces de desencadenar todas las furias de Marte, pero no quieren que la sangre les salpique el rostro. Prefieren aguardar, a noventa metros de profundidad, el resultado de las batallas y comentarlo con los amigos, entre los anillos de humo de los cigarrillos habanos y las notas agudas de una marcha de Wagner.

El pueblo americano y todos los pueblos del mundo pueden reflexionar un poco sobre los gustos de los presidentes. Quizás fuese genial la idea de regalarle a Truman, por suscripción popular, un fusil y un casco de acero para que, en tanto que «primer ciudadano» americano, tenga el privilegio de ser el primer combatiente... en las trincheras.

La marcha hacia la guerra se efectúa precisamente porque los Truman y los Stalin pueden pensar en tocar el piano, mientras los hombres se matan. De lo contrario, si tuvieran que bajar a las arenas del circo romano en que han convertido al mundo, las guerras no se sucederían con la rapidez espantosa que en la actualidad constatamos.

Pero como los «honores» de los campos de batalla están vedados a los hombres de Estado. Como son los pueblos y no los gobernantes los que tienen el «privilegio» de morir en las trincheras por la patria. Como véase obligados los Truman a reservarse para colocar discos de chatarra sobre los pechos de los mutilados y la madera de los féretros, se conforman—pobres héroes!—a firmar las declaraciones de guerra, hundirse en un refugio y esperar que pase la tormenta de plomo y de fuego, teleando, suave o energicamente, en un magnífico piano de caoba.

Juan PINTADO.

ESCLAVITUD VOLUNTARIA

Juan y Pedro llegaron a la edad en que es preciso trabajar para poder vivir. Hijos de trabajadores, no tuvieron oportunidad de adquirir una regular cultura que los emancipase de la cadena del salario. Pero Juan era animoso. Había leído en los periódicos cómo hombres que habían nacido en una humilde, habían llegado, por medio del trabajo y del ahorro, a ser los reyes de las finanzas, y a dominar, con la fuerza del dinero, no sólo los mercados, sino las naciones mismas. Había leído mil anécdotas de los Vanderbilt, de los Rockefeller, de los Rothschild, de los Carnegie, de todos aquellos que, según la Prensa y hasta según los libros de lectura de las escuelas con que se embrutece a la niñez contemporánea, están al frente de las finanzas mundiales, no por otra cosa sino—¡vil mentira!—por su dedicación al trabajo y su devoción por el ahorro.

Juan se entregó al trabajo con verdadero ardor. Trabajó un año, y se encontró tan pobre como el primer día. A la vuelta de otro año, se encontró en las mismas circunstancias. Y siguió trabajando más, sin desmayo, sin desespérer. Pasaron cinco años y se encontró con que, a fuerza de sacrificios, había logrado reunir algunas monedas, no muchas. Para ahorrarlas necesitó disminuir los gastos de su alimentación, con lo que debilitó sus fuerzas; vistió andrajos, con lo que el calor y el frío lo atormentaron, debilitando igualmente su organismo; habitó miserables casuchas, cuya insalubridad aportó a su organismo su contingente debilitante.

Pero Juan siguió ahorrando, ahorrando dinero a expensas de su salud. Por cada centavo que

lograba guardar, perdía una parte de su fuerza. Para no pagar renta a propietario alguno compró un lote y fabricó una casita. Después se casó con una muchacha. El Registro Civil y el cura le arrancaron una buena parte de sus ahorros, obtenidos a costa de tantos sacrificios. Pasaron algunos años más; el trabajo no era constante, las deudas comenzaron a afligir al pobre Juan.

Un día se enfermó uno de sus hijos; el médico no quiso asistir al enfermito porque no se le ofrecía dinero; en el dispensario público atendieron tan mal a la criatura que ésta murió. Juan, sin embargo, no se daba por vencido. Recordaba sus lecturas sobre las famosas virtudes del ahorro y otras patrañas por el estilo.

Tenia que ser rico porque trabajaba y ahorraba. No había hecho lo mismo Rockefeller, Carnegie y muchos más, ante cuyos millones suelta la baba la humanidad inconsciente? Entre tanto los artículos de primera necesidad iban subiendo en precio de manera poco tranquilizadora. La ración alimenticia se disminuía hasta su extremo límite en el hogar del inocente Juan, y, a pesar de todo, las deudas aumentaban y ya no podía ahorrar un solo cobre. Para colmo de desdichas, el dueño de la negociación en que Juan comenzó a trabajar, decidió emplear trabajadores por menos costo, y nuestro héroe, y muchos más, se vieron de la noche a la mañana despedidos del trabajo, ocupando sus lugares nuevos esclavos que, como los anteriores, soñaban con ri-

quezas amasadas a fuerza de trabajo y de ahorro.

Juan tuvo que empeñar su casa, esperando todavía poner a flote la barca de sus ilusiones, que se hundía, se hundía en su remedio. No pudo pagar la deuda, y tuvo que dejar en las manos de los prestamistas, el producto de su sacrificio, el pequeño bien amasado con su sangre.

Obstinado, Juan quiso todavía trabajar y ahorrar, pero en vano. Las privaciones a que se sujetó por el ansia de ahorrar, el trabajo pesado que había ejecutado en los mejores años de su vida le habían destruido el vigor. En todas partes donde solicitaba trabajo se le decía que no había ocupación para él. Era una máquina de producir dinero para los amos; pero demasiado gastada ya. Las máquinas viejas son vistas con desprecio. Y, entre tanto, la familia de Juan padecía hambre. En la negra casucha no había fuego, no había abrigos para combatir el frío; las criaturas pedían pan con verdadera furia. Juan salía todas las mañanas en busca de trabajo; pero, ¿quién había de alquilar sus brazos viejos? Y después de recorrer la ciudad y los campos, llegaba al hogar, donde lo esperaban, contristados y hambrientos, los suyos, su mujer, sus hijos, los seres queridos, para quienes soñó las riquezas de Rockefeller, la fortuna de Carnegie.

Una tarde, Juan se detuvo a contemplar el paso de ricos automóviles ocupados por personas regordatas, en cuyos rostros podía adivinarse la satisfacción de llevar una vida sin

preocupaciones. Las mujeres charlaban alegremente, y los hombres, alborotados e insignificantes, las atendían con iras melifluas que habrían hecho bostezar de fastidio a otras mujeres que no hubieran sido aquellas burguesas.

Hacia frío; Juan tembló pensando en los suyos, que le es peraban en la negra casucha, verdadera mansión del infierno. Cómo habrían de tiritar de frío en aquel instante; cómo no debían sufrir las torturas indescribibles del hambre; que amargas deberían ser las lágrimas que derramasen en aquellos momentos. El desfile elegantísimo continuaba. Era la hora de exhibición de los ricos, de los que según el pobre Juan, habían sabido «trabajar y ahorrar» como lo los Rothschild, como los Carnegie, como los Rockefeller. En un lujoso carruaje venía un gran señor. Su porte era magnífico. Tenía canas, pero su rostro estaba joven. Juan se llevó la mano a los ojos para limpiarlos, temiendo ser víctima de una ilusión. No, no le engañaban sus viejos y opacos ojos: aquel gran señor era Pedro, su camarada de la infancia.

«¿Cuánto ha de haber trabajado y ahorrado!—pensó Juan—para que haya podido salir de la miseria y llegar a tanta altura y ganar tanta distinción.»

«¡Ah, pobre Juan! No había podido olvidar los imbeciles relatos de los grandes vampiros de la humanidad; no había podido olvidar lo que leyó en los libros de las escuelas, en que tan concienzudamente se embrutece al pueblo.

Pedro no había trabajado.

Por Ricardo Flores Magon

No hay que enfadarse...

Un periódico de la emigración se ha sentido molestado por un comentario aparecido en RUTA, relativo a don Ilda. Quizás nuestros amigos (?) de «Renovación» hayan considerado un tanto pesada la broma gastada en torno a la situación del líder socialista, pero no deben olvidar que estamos en una época en la que muchas bromas son excesivamente pesadas. Ejemplo, la que a despecho de Pablo Iglesias, de Julián Besteiro, de Francisco Largo Caballero, le ha gastado a su partido el eminente bromista don Indalecio Prieto. Otro ejemplo? La que el mismo señor está intentando gastarnos a todos, preconizando, o por lo menos apoyando, el restablecimiento de la monarquía en España. Suficiente será con esos dos ejemplos en torno a los cuales puede establecerse un cálculo de proporcionalidades que hará de nuestra broma algo así como una sonrisa infantil.

Salvo, claro está, de que no se trate de bromas, y entonces, para no tener que decir que ojálá se muera, diremos que es una verdadera lástima que haya nacido.